

**Antonio Hernández**  
**El Betis:**  
**La marcha verde**  
**Y OTROS CUENTOS DE FÚTBOL**

C colección  
CALEMBÉ



algaida



La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Antonio Hernández, 2008

© Algaida Editores, 2008

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-136-7

Depósito legal: M-21.318-2008

Impresión: Huertas A. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Y el séptimo día hizo Dios el Beti güeno.*

PEPE PRADOS



A Rogelio Blanco y Julio Ollero,  
béticos del norte.



## **EL BETIS: LA MARCHA VERDE**



**L**OS SEVILLISTAS, QUE SI SABEN POCO DE LA VIDA saben menos de la historia, dicen que su club es más antiguo que mi *Beti güeno* y que se fundó dos años antes que mi niño de mis entretelas. Dicen que cuando ellos empezaron a andar nosotros estábamos todavía en pañales, con lo que de paso quieren decir que andábamos manchando el mundo cuando ellos ya le daban patadas a un balón. Cosas sin gracia y, lo que es peor, sin envidia, porque si sus madres los hubieran hecho béticos en vez de lo que son, y que no digo por respeto a la gente de circo, sabrían que, antes de venir al mundo, el Cristo del Cachorro ya existía entre *nosotros* como dios único y verdadero. Verse no se vería. Pero ya estaba. Les pasa como a la gente de la Puerta de Jerez, que como no toque no ve. Cortitos que son y poco que han ido a la universidad de la calle. Porque se da una cosa que no todo el mundo sabe observar: los sevillistas, cuando salen solos, se pierden por todo lo que no sea calle Sierpes o Avenida de Luis Montoto, a la que también le llamamos la Vía

de la Amargura, y sobre todo los domingos por la tarde, tras el partido, que aquello tiene más lágrimas que la cara de la Esperanza o un serial de Sautier Casaseca. La senda de los elefantes, le decimos, todos con la trompa enfilando el suelo, más para abajo que la minga de un esquimal. Y todo porque no saben perder, porque no han aprendido a curarse las heridas, porque se creen gigantes y, después a la hora de la verdad, tienen el orgullo como los conejos, más escondido que el talento de Manolillo el de las Vacas, aquel defensa del Sevilla que veía una apisonadora de Entrecañales y Távora rodar y se creía que era una pelota. Nosotros, sin embargo, vea usted, compadre: que se pierde, tres fandangos más, tres sevillanas más para ahuyentar la tristeza, que somos los Reyes Magos de la simpatía, siempre repartiendo colores por ahí aunque la procesión vaya por dentro. Más pasos, y malos, tenemos que el Viernes Santo, todo hay que reconocerlo. Pero quien haya visto llorar a un bético o sufre del coco o ha visto a un sevillista por Carnaval, disfrazado de verdiblanco, para desprestigiarnos. Eso lo hacía un menda portugués que se habían agenciado los de la oposición para darnos coba. Lo vestían de bético y lo echaban por la avenida con nuestra indumentaria gloriosa, *berreando* muuu muuu. Pero hasta que no le daba por imitar a su padre, o al padre del que lo alquiló para que hiciera de «Islero», cualquiera que se lo topara creería ver un hincha de mi *Beti güeno* si antes

no hubiera reparado en que, en vez del escudo coronado con trece barras en su triángulo, lo que llevaba donde la parte del corazón era un par de cuernos más lustrosos que los zapatos de un *cantaor* de flamenco. Estos de la oposición siempre con groserías, poca clase que tienen, por mucho que digan y digan de su alcurnia, que si patatín patatán sobre sus familias cortijeras y que los béticos somos todos o betuneros o taxistas o rojos. La imaginación que no tienen para saber perder la tienen para inventarse padres millonarios, veraneos en marbella y títulos de marqueses, cuando todos sabemos que con padres a secas van que chutan, veranean menos que los pingüinos, tienen menos títulos que el Lebrija Deportivo, y a lo suyo, de llamarle imaginación, es porque la gente confunde eso con la fantasía, que ahí, sí, tienen más fantasía que el que se creyó la Torre del Oro y empezó a montar ciscarda con su uno treinta de estatura y las tres perras del paro. Pues así son los sevillistas, como el que se libró de la *mili* porque la frente le hacía palmas con las rodillas y porque se dicen ricos teniendo más trampas que un león suelto en Los Remedios. Mucho aparentar y, luego, si escuchan *Madriss* se creen que a alguien le ha dado el repenque, el tembleque del estornudo. Mucho decir que si hermano del Hermano Mayor del Gran Poder o Presidente del Círculo de Labradores, y cualquier día te lo encuentras de Esnaola en una discoteca, parando los balones envenenados de los

chorizos que se quieren colar sin pagar la entrada. O de loteros en el barrio de Santa Cruz, de *luter*os, vamos, que viene de Lute. Muchas ilusiones, muchos desvaríos y muchas ínfulas de grandeza, menos los domingos por la tarde, que la procesión del Silencio parece esa cola interminable de cabeceras de duelo. Yo ya se lo dije a mi hermano, que, el gracioso, es sevillista, porque de todo tiene que haber en esta viña del señorito que es la Andalucía de nuestras entretelas. Se lo dije como hay que decir las cosas a las personas que no se puede dejar de querer a pesar de su antibeticismo, cabalmente. Mira, hermano, déjate de fanfarrias, que tu ropa, como la mía, y a veces es la misma, nos la han comprado siempre en el baratillo. Él me contestó algo que habrá escuchado a algún mamahostias de esos que lo explotan y lo tienen todo el día de recadero, que más zancajazos da, por tres perras chicas, que el Antonio Gades. Me dijo que la ropa luce según quien la lleve puesta, y, lo que más me dolió, que a ver quién se viste de blanquiverde sin que lo confundan con una cotorra. ¡Va a comparar! Ellos, todos de blanco, como si esto fuera el Polo Norte y su camiseta representara a la nieve de estos pagos. Ese blanquillo indeciso, de muerto proyectado a quince días vista. La pureza, dice, que significa, cuando están más embarrados que San Mamés, con más lodo en las piernas que los camellos de los Reyes Magos. ¡Va a comparar! Ese verde de los campos del Rocío y ese blanco que,

con el verde, quita el sentido como la Blanca Paloma al destacarse entre los pinos. Ese verde macho, masculino, varón, que significa hombría, y ese blanco acostado con él, matrimonio perfecto. Pero los sevillistas, no entienden de matices, qué va. Los sevillistas, si van al cine y ven una cebra, le quieren pintar las rayas, y es que son así de cortos y de planos, que parece mentira que hayan nacido al pie de la Giralda, tan mirando arriba como un suspiro bético hacia el cielo. Que no exagero, compadre, que cuando la directiva del Sevilla fue a Santiago de Compostela a ganar el jubileo, ¿sabe lo que se le ocurrió decir al presidente? Que sí, que todo aquello era muy bonito, y que los gallegos, fetén, que el lacón con grelos estaba superior, pero que ya podían darle una manita de cal al Obradoiro y que volverían otra vez encantados de turismo por Galicia, pero cuando las rías estuvieran bajas. No te jode, vaya una representación andaluza. Fueron a ganar el jubileo y ni lo empataron. Luego cuentan lo que cuentan de nosotros. Y eso sí que no, porque yo, a mi Andalucía, la quiero tanto como a mi *Beti güeno*, que para eso su bandera es nuestra camiseta, de la que los junteros —toma respuesta a eso de que nacieron antes que nosotros- cogieron los colores, igualitos, ya pueden decir que si los moros y no sé qué. Cuentos chinos que se inventan los esaboríos blanquillos para quitarnos el decanato, como se inventan otras cosas para quitarnos la simpatía que hemos derramado

hasta en Rusia, mi *Eurobeti güeno*, adonde si ha ido alguna vez un sevillista sería con Muñoz Grandes, de trompetilla en la División Azul. Y mire usted por dónde, compadre, a lo mejor la afición al blanco les viene por ahí, por aquellos manchones de nieve. ¡Si parecen heladeros! Y de las trompetas que se han buscado, ¿qué me dice usted, compadre? El inglés ese, el Vállace, que tiene nombre de lo que te suele decir un patrón cabreado. La moda que ha traído con las trompetas, con lo bonitas que son las palmas por sevillanas. Dentro de nada, los romanos de las procesiones, a los albañiles, y los de las bandas de música, en el Torviscal, tocándole a las ovejas por falta de público o tocándose para ellos, predicando en el desierto del Sánchez Pizjuán con las trompetas del Apocalipsis, qué malángel de palabra, compadre, todos como vacas afónicas, entre Juan Breva y La Perrata, pero con mucho ganado por en medio, que eso es lo que se me asemejan tan igualitos, tan repetidos, tan paliduchos con los uniformes blancos que parecen hechos con telas de puestos de turrón, huevos duros sin sal, merengues sin azúcar, sábanas con el fantasma dentro, diciendo que van a fichar a Maradona, y luego sale el pibe en la tele y le pone el caramelo en los labios: que si de volver al fútbol español le gustaría jugar en Sevilla, que qué ciudad más linda, que si no veas qué afición más buena y, de pronto, el periodista que le recuerda que, aquí, en la tierra de María Santísima,

hay dos equipos, que en cuál. Y con los ojos negros de gaucha cada vez más verdes por la esperanza, dice que, naturalmente, en el Betis, en mi *Betis güeno*, ja. Media Sevilla salió aquella noche a la calle a cantar por Carlos Gardel. Media Sevilla se emborrachó de orgullo. Y la otra media o se acostó antes de tiempo o empezó a decir que Maradona tenía más kilos que Fraga o que estaba de los remos igual que El Cojo Huelva. ¡Si no saben perder, compadre! Y lo que es peor: no saben ganar. O porque los mediocres no asimilan para las vacas flacas o, sencillamente, porque no están acostumbrados. La experiencia es la madre de la ciencia y más sabe el diablo por viejo que por diablo. Si el Maradona hubiera dicho que del Sevilla, a nosotros nos hubiera dolido, claro, pero aparte de que esa respuesta es impensable porque estos fenómenos buscan lo suyo, habríamos reaccionado de otra forma más fina, más propia de nuestra clase de gente que es sabia aun sin saber leer. Y de hecho, compadre, la respuesta ya la habíamos dado nosotros hace mucho tiempo, antes de que Maradona se *colara* por el Betis y le largara al Sevilla eso de *no sólo no te quiero, sino que te lo digo, fea*. El caso es que estaban tres béticos de palique y, con la euforia de la goleada al Madrid, uno dijo que íbamos a ser campeones de Liga, y otro, al que le pareció poco, que íbamos a ganar la Copa de Europa. Y el otro, para empatarla, que íbamos a fichar a Maradona. La verdad es, compadre, que, aunque Maradona ya era lo que es

y jugaba en el Barça, no le había devuelto todavía a Inglaterra la bofetada de las Malvinas, los dos golazos, vamos, de Puerta del Príncipe que le metió él solito, saltando más que un gamo por entre las bayonetas británicas y pareciendo que, de un momento a otro, iba a tomar más tierra que el que le preguntó a la azafata recién en paz con Dios. Y lo que no puede olvidarse, compadre. Que en aquellos momentos la delantera del Betis la formaban nada menos que García Soriano, López, Eulate, Cardeñosa y Benítez. Así que todo es relativo, según se mire, porque, si aquella caballería funcionaba bien, ¿para qué cambiarla? Y es que lo que dijo uno de los tres de la tertulia hasta tenía su punto de razón: *¿Maradona? ¿Y a quién vamos a quitar para poner a Maradona?*

La noche en que el Maradona dijo que le gustaría jugar en el Betis, media Sevilla se estremeció y a la otra media le dio el jamacuco. Fue lo mismo que la noche de la primera Copa del Rey, la de fútbol, por supuesto, que les ganamos a los chicarrones del Norte. Ese día, en Madrid, bailé hasta la polka. Qué digo ese día, esa semana entera, que siete días anduve de *Beti, Beti, Beti*, bailes, cantes y mollate. Y cuando, ya con la garganta con menos voltios o decibelios, o lo que sea, que don José María Pemán en sus últimos años, volví para Sevilla, todavía venían béticos en el tren. Con aquella Copa la patronal hizo su agosto, más gente se quitó de encima por la vía rápida que el Casius Clay

aquel de los guantazos. Pero todos contentos, como con el gordo de la lotería, menos la María, que me dejó ir porque pensaría que iba a volver como siempre, más viudo de Copa que la Pantoja de torero. Yo soy forofo, compadre, hasta cuando el Betis gana, y eso está tan en la sangre que si hay que perder el empleo se pierde y santas pascuas. Cómo no iba a celebrar aquello como merecía, una bendición, otra, otra y otra, de vino y de cante. Total, por una vez... Lo que pasa es que la gente no estudia lo que ocurre. Yo tenía un amigo en Montellano, que en gloria esté, que explicaba el beticismo diciendo: *esto es como la cacería. Se sale a cazar, se sale a ganar; pero si no se caza ni se gana, la afición aumenta*. Con dos cojones. Y si se presenta el pájaro y ese guarda siempre más presente que la gracia de Dios, el Iríbar, que bien está entrenando, se despista, plomazo a la pechuga y Copa para Sevilla. Que lo nuestro es perder, pero con lunares, o sea, que hay que exagerar para que el contrario se confíe. Si no, de qué la gloria de las copas. Más copas tenemos que el Beni de Cádiz en su cuerpo caletero. *Manque pierda*, sí, pero somos el único club de España que ha sido campeón de todas las categorías. A ver cuando los de la oposición van a ser campeones de Tercera. Y somos el primer equipo que ganó la Copa de Su Majestad el Rey. Y el primero de la mitad sur de España que ascendió a Primera División. Y el único equipo español que le ha ganado por cinco a cero al Bayer de Munich, qué alegría,

compadre, para los pobrecitos emigrantes, y qué juega aquella noche: ardería hasta la nieve. En fin, qué le voy a contar. Con decirle que el único equipo de España que le inauguró dos veces el campo a su suegra, y no hace falta que diga quién es, y le metió la *bacalá* dos veces, es el Betis, ya está dicho todo. Qué arte. A mí me gusta que el Sevilla pierda hasta cuando no juega. Pero si pierde con nosotros, eso, bocado de Aguirre Gonzalo, el del Banco Español de Crédito, quien, fíjese lo que son las cosas, compadre mío, una vez llegó a decir, siendo vasco y millonario como es, que les caían bien la *Ugeté* y el Betis. Caprichos de señoritos, que también los ha habido béticos. Señoritos pero caballeros, como el que le dije, Pemán, a pesar de ser gaditano. Por más que, usted dirá, ¿qué diferencia hay entre Cádiz y Sevilla? El mar. La mar, como dicen ellos, que son para nosotros como don Joaquín para don Serafín Álvarez Quintero, y no como el Sevilla, Caín. Caín intentando hacerle la vida imposible a Abel. Pero aquí, en Sevilla, no. Eso fue en la Biblia. Si aquí muere alguien, de blanco. Como el bético de toda la vida que reunió a sus hijos cuando se estaba muriendo y les dijo: *Hijos míos, apuntadme de socio al Sevilla*. Los hijos le habían salido ranas, o sea que lo habían traicionado y eran socios daltónicos, de esos que todo lo ven blanco, como la vestimenta de su equipo. Y el hombre, a la vejez, en su última hora, se quería apuntar al Sevilla. Pero, ¿sabe para qué, com-

padre de mis carnes? Para que se muriera un sevillista en vez de un bético. Qué corazón más bueno debía de tener aquel hombre. ¡Bético puro! Los béticos somos caso aparte, y no hay más que ver cómo nos reciben por ahí. Te vas a Alicante y la gente dice: yo soy del Hércules y, después, del Betis. Te vas a Valladolid y te dicen lo mismo, cambiando el Hércules por su equipo y poniendo la *ese* de Betis como si fuera el silbido de una olla *express*. Te vas a Barcelona y, bueno, en Barcelona es que ya es el colmo. Aquello es como Sevilla con diez o doce sevillanos más. Y lo más bonito: sin tener que descontar el cincuenta por ciento para los blancos. Los blancos, vaya tela. Como si acaso nosotros fuéramos los indios. Blancos de envidia se ponen cada vez que el Betis sale por ahí y si no se trae los puntos se agencia el cariño de adonde vaya, que parece que vamos repartiendo aguardiente de Cazalla y tortas de Inés Rosales, polvorones de Estepa y mostachones de Utrera. Y qué es lo que repartimos, compadre: simpatía y gracia, elegancia y cosmopolitismo, porque el Betis, mi *Beti güeno*, tiene, aparte de en el Benito Villamarín, oséase, en Heliópolis —nombre griego puro, como diría Garmendia—, su patria en el mundo. Que sí, compadre, lo que yo te diga: a ver, ¿quién es el equipo que ha puesto la verdiblanca más lejos? Dentro del continente, el Betis, que llegó hasta *Tibilissi*. Y no hablo de América, porque con tantos gallegos como hay por allí, hasta el Celta ha ido para celebrar no sé

qué de la Casa Regional de Pontevedra. De la bandera no hablemos. La bandera, porque es la de Andalucía, lo dice todo en su lema: por sí, por España y por la Humanidad. Igualito que la del Sevilla, que es por sí, por Los Remedios y por el barrio de Nervión. Ea, que no llega a Triana. Y, compadre, ésta sí que es una palabra mágica. Decir Triana es como decir cielo, como decir Dios, como decir Betis. Porque béticos buenos los hay en cualquier parte del universo-mundo. Yo los he visto en Rusia, cuando fuimos a Moscú, y, finalmente, hubo que jugar en el quinto pino. *Beticov, beticov*, gritaban como si el Betis fuera su equipo, y hasta a mí, que en la vida me he visto en otra más protagonista, me hicieron firmar autógrafos, con unos lápices más toscos que Campanal, que parecían haberlos fabricado los leperos con encinas sin pulir. Qué gente, compadre. Allí estaban todos los científicos que descubrieron el Polo Norte y el Polo Sur. Para comer no tendrán, pero más pieles que la Presley, cuarenta veces. Y lo que saben de España, tampoco es moco de pavo, no. Qué interés por esto, por Andalucía, Antonio el bailarín, Raphael, el Cordobés, el *Beti güeno* y, hay que ser sincero, el Real Madrid de Kopa, Del Sol, Di Stéfano, Puskas y Gento. Cómo querrán allí al Real Madrid que hasta me pusieron celosillo. Claro que todo infierno tiene su parte de cielo. La Ava Gardner, por ejemplo, y si hablaban de los blancos se referían a los que más alto llevan ese color, el otro Real, y no a los del

Sevilla, que, como blancos, están más devaluados que la moneda de Marruecos. Pues como te iba diciendo, por *hache* o por *be*, llamémosle *equis*, béticos hay hasta en la misma secretaría del Sevilla, y no digamos en El Arenal, San Lorenzo, Santa Cruz o El Porvenir. Pero Triana es mucha Triana. Cómo será de bética Triana que los de la oposición, aprovechando que a los de Franco se les atragantaba la realeza de nuestro título y nuestra corona y lo popular de nuestra afición, se buscaron las influencias para colocarle al lado el barrio de Los Remedios, donde hay más blancos que en una academia de *policías secretas*. Moderno todo, sin solera, al rebullón, sin apenas Sevilla, la de los naranjos, las mañanas fresquitas, los patios oliendo a azahar, las callejuelas o el olor fuerte a brea del puerto pesquero. Mucha Sevilla vieja y mucha Triana eterna, a la que el Betis le rindió su homenaje de la mejor manera posible: poniéndole a su filial el nombre de donde mejor se ha cantado *jondo* junto con su apellido de Balompié, lástima que después le quitaran al equipo de los chavales un nombre tan flamenco y marinero. Tanto me ha dolido a mí esa desaparición, compadre, que es la única medida que no acato de la directiva, siendo, como soy, tan disciplinado en estas cosas vitales de mi Betis. Y no se vaya a creer que en este asunto me ando de tapadillo. Hasta al mismo Retamero se lo he dicho: Gerardo de mis carnes, ¿por qué habéis cometido ese sindiós? Se le puso la cara de boba de pan, se

le puso, compadre, de pan con jamón, más colorado se puso que Soto el de Comisiones. Pero el *presi*, al que aparte de esto del Triana hay que quererlo, se recuperó y no le quiero decir la labia de leguleyo funcionando: que si antes de hablar hay que conocer las cosas, que si a él le echan las culpas hasta del descenso a Tercera y, total, que el que le quitó a los niños el nombre de Triana fue Mauduit. Al final, amigos como siempre, porque, usted me dirá, si uno puede tenerle inquina al presidente. Tenerle manía a Gerardo, siendo bético, es como que un católico se la tenga al Papa. Y no se vaya a creer que me callé ante su diccionario en doce tomos. Qué me voy a cortar yo. Le contesté que bien, que no fue él el que le quitó el nombre. Pero que él mismo en persona podía devolvérselo. Compadre, usted a lo mejor no lo comprende. Prescindir del nombre de Triana en una institución como la nuestra es como ir a pescar sin anzuelo, como salir de penitente en calzoncillos o como ir al barbero y que te ponga una peluca. Triana no es que sea el Betis, pero es su mejor pulmón de *oles* y palmas. Y borrarla de nuestro equipo es como borrarlos la niñez y el tiempo en que uno empieza a maquear. No ya a mí, sino a Quino, un escritor del regate; a Isidro, que era el marqués de las marismas del Guadalquivir corriendo; a Cristo, que, por marear, se mareaba a sí mismo; a Dioni, un gamo con botas. Y a Telechía, Antón, Bizcocho, tres luchadores que ya quisiera Purk,

*El hombre de piedra*, el de los tebeos. Ahí es donde hubo más Betis genuino, más amor a la causa y más mezcla de clase y valentía. La de cal y la de arena que nos caracteriza. Y si el espíritu ya venía de antes, ése fue el impulso canteril más serio, el anticipo de los Gordillo, Parra, Reyes, Romo o Gabino, los cachorros *güenos*. Y todo se lo dije a Retamero, al que dicho sea con la mano en el corazón, hay que comprender con tanto lío como tiene que dirigir. La gente se cree que todo es sentarse en el palco los domingos. La gente es que no se da cuenta de que las peñas tienen lo suyo, ni que un club no es sólo el equipo, sino también los servicios médicos, la secretaría, el equipo técnico, los encargados de la limpieza del estadio, los porteros y acomodadores y, en fin, compadre, los filiales, que, como en eso de Iberia, son los únicos que reciben más atenciones que los jugadores del primer equipo. Esa sí que ha sido labor. Cualquiera tiene un equipo en Primera, otro en Segunda B, prácticamente de juveniles y batiéndose el cobre con esos defensas que fueron de Primera y son como toros, con perdón, devueltos al corral; tres equipos juveniles en la Liga Nacional, que ni el Barça y el Real Madrid pueden presumir de eso con todos los millones del mundo; los infantiles, seis infantiles, seis, y los alevines, que no se puede aguantar lo bien que juegan y llenan de gloria los domingos sevillanos. Hay que comprender a Retamero, compadre, y no sólo porque este club sea como un

Corte Inglés del fútbol, sino porque, además, luego viene la política, el tacto que hay que tener en la vida y muchos quilates de diplomacia, no vayan a enfadarse los periodistas, el García ese de Madrid que parece que habla con el pito de caña de una murga; los de aquí, que no los vaya a olvidar si les da la ventolera y se ponen, de repente, todos vestidos de primera comunión, o el Bacilalupe y el Maricharla de la Televisión Española, a los que vamos a tener que mantearlos o ponerles un piso en los Monegros. No te jode, un perro hablando, el día del Zaragoza. Vamos ganando tres a dos en La Romareda y cuando van a sacar los maños un golpe franco dice el primero que a ver si la suerte los acompaña. Eso se lo hacen al Madrid o al Barcelona y el locutor termina en el Norte como un guardia civil indisciplinado o lo remiten a Inca para siempre a comentarle los partidos al Constanica. Pero nosotros somos andaluces, españoles de segunda, a pesar de nuestra cultura, que nos comparamos con ellos y, a nuestro lado, todavía están en el Catón. Pues eso también tiene que lidiarlo Retamero, y cosas más delicadas, como la del Papa del Palmar de Troya, que quería hacerse socio del Betis y acudir al Villamarín los domingos con toda su jarca de cardenales y mangurrinos, bendiciendo a destajo hasta que le gritaran eso de *Clemente, bujarrón*, y comenzara a llevarse la mano izquierda a la coyuntura del brazo derecho y ahí fuera ya la batalla de almohadillas o de lo que co-

giera a mano. Fíjese el plan, compadre. Todos los obispos de complemento y todos los obispos consortes, las monjas y las viejas rosario en ristre en la tribuna y los sevillistas de cachondeo, diciendo que eso es lo nuestro, palmar. Por eso, Retamero, que se las sabe todas menos las del Triana Balompié, le contestó a Clemente que las cosas del cielo no hay que ligarlas con las de la tierra y que al Betis lo que es del Betis y a Dios lo que es de Dios. Pero con lo del Triana balompié es que está más emperrado que Antonio Gala, el de las cartas de *El País*. Y, nones, con lo que supusieron de estilo los chavales al pasar al primer equipo, el cambio, compadre, porque, aunque esté mal decirlo, antes de los Quino, Cristo, Dioni y los demás, el Betis hacía fútbol vasco, balonazo para allá y balonazo para acá, que al Tamarguillo había que ir a veces por los balones. Sólo faltó que del Triana hubiera salido Rogelio, quien, por sus cosas raras de Cagancho de la pelota, era como si un club de fútbol hubiera podido parir a su medida a un ser humano, con todas sus virtudes y con todos sus defectos. Qué ángel, qué duende tenía Rogelio cuando estaba inspirado. Y qué mandanga cuando se ponía samborotúo. Ni Curro, o como Curro, que destapaba el tarrito de las esencias y Pelé era un leñador a su lado. Qué arte, compadre, con aquellas manos de artista en los pies, un poco distraídos, eso sí, de par en par, casi a las tres menos cuarto de la tarde. Como curro, que tampoco es muy

bonito por donde las zapatillas y, sin embargo, todos decimos *cómo anda mi Curro de mis entrañas, es torero hasta paseando*. Si lo miras bien, anda peor que una casa de familia con veinte duros. Pero el amor no es que sea como el papa Clemente, sino que está basado en algo que esconde defectos. Y ese algo qué es, compadre. El embrujo, el duende, la bendición de Dios. Te pone Dios la mano encima y ya te puede entrar la piorrea, que ligas más con las tías que ligaban Cardenosa y Morán en el campo. No te la pone, y como Luis Aguilé. Pues Rogelio tenía un don a veces, y a veces parecía que lo hubiera mirado un bizco. Más sangolotino se ponía cuando le daba el avenate que Rafael de Paula. No lo movía ni el alcalde de Jerez, que está moviendo hasta la Colegiata, vengan obreros en las calles, vengan piedras para arriba y abajo, venga tirar chalés y poner jardines. Ni Iriondo lo movía. Todos haciendo flexiones, dando carrerillas, todos saltando en los entrenamientos más que Miguel Ríos, y Rogelio más parado que el caballo del fotógrafo. *Rogelio, corra; Rogelio, corra*, empeñado el vasco, y Rogelio más quieto que Ojeda. Y el vasco que no cejaba, metiendo gasolina, hasta que fue a por él y le preguntó por qué no corría. Ya usted sabe, compadre, las cosas de aquí, que no pasan en ningún sitio. Que somos de otra galaxia, vamos, y somos capaces de reírnos de nuestra propia sombra. Menos del Betis, de todo, nuestra propia sombra incluida. Si mi hermano se ríe de mí y yo me río

de él, e incluso lo agradecemos, ¿por qué no se iba a reír Rogelio de Iriondo? Hombre, no es que se cachondeara de él, o, mejor, que se cachondeara sin gracia, que hay diferencia. Con gracia, todo vale. Yo le digo a mi hermano que se le está poniendo la cara como el lomo de un garrapero. Y él, que tampoco es manco, me dice que a mí se me está poniendo de interferencia, por las rayas, compadre. Él me dice a mí que el Sevilla tiene más jugadores de la cantera que el Betis. Y yo, que no soy racista ni viendo una película de nazis, le contesto que lo que él diga, pero que hace nada de tiempo tenían dos hijos de puta negros en el equipo. Él me viene con el cuento de que el Sevilla es el equipo de los intelectuales, vete a saber quién le ha dicho eso. Y yo, que soy el único de mi casa que ha llegado al cuarto de Bachillerato, me cebo ahí. Fíjese usted, compadre, quiénes son esos señores en las letras: Nadal, Serna, Paz. Nosotros empezamos con Cervantes, el portero, y terminamos con Calderón, el extremo izquierda. No será de la Barca, pero es Calderón. O sea, que acabamos con el cuadro. Como acabó Rogelio cuando Iriondo, metiéndole las manos por la cara, le dijo: *¿Por qué no corre, Rogelio?*

A lo mejor aquella mañana se le había ido la mano con el tinto y, por la tarde, aún tenía en el cuerpo los humores del alperchín, engrasadas las ganas de fiesta y en plan gamberro, que es lo que pierde a los artistas. Los artistas son así y de esa forma de ser

y comportarse es de donde viene todo eso de que sale el sol por Antequera, se fue por los cerros de Úbeda y salió tarifando. Salidas del personal, que es poeta aunque no escriba versos. Poeta, nada de payaso o caricato. Los caricatos te hacen reír a lo basto o a lo natural, como la vida misma. Los poetas se sacan la pena o la alegría de más adentro, te hacen visible lo que no se ve, te lo descubren. No me refiero, compadre, a los letristas de Marifé o la Jurado, que esos a lo que van es a que las palabras peguen. Me refiero a los que recitaba poniendo voz de viuda melancólica *El loco de la colina*, pobrecito mío, en un sanatorio, con lo que nos acompañaba a los que nos gusta dormir la mañana. Qué bonito y qué hondo. Unas veces, triste. Otras, con una tristeza que daba alegría. Y otras, con un cachondeo entre lo oscuro que daban ganas de retozar. A mí el que más me gustó fue Quevedo, al que el vulgo, los sevillistas, confunden con el Quevedo de los chistes. Me puso a cavilar el tío con sus remates, que ni Rincón, y a retorcerme como Álvarez cuando lo parte por la mitad Gabino. A retorcerme de risa. Pues como lo de Quevedo fue lo de Rogelio con Iriondo, de dejar al vasco de una pieza, compadre. *Rogelio, corra. Corra usted, Rogelio.* Y cuando Rogelio, que había estado más callado que un diputado segundón en las Cortes, le contestó que no corría, y el otro, dale que te pego, tropezó en la misma piedra, fue el coriano y le dijo: *No corro porque correr es de cobarde, míster.*